

El niño salvaje

CÉLINE DELBECQ

Traducción de
Nadxeli Yrizar Carrillo y Humberto Pérez Mortera

*A todas aquellas y todos aquellos que no han estado
en el centro de su historia.*

Personajes:

Un hombre cualquiera

1. Un niño

Un hombre: Es porque es un niño que me detuve. No sé decir qué edad tiene, pero que es un niño, se nota.

Ahí está, me lo encuentro en la plaza Jeu de Balle, justo después del mercado, todos recogen su mercancía y el niño está ahí solito sin hablar. Le pregunto: "¿Dónde están tus papás?" No responde con palabras, grita cuando me le acerco. Gritos que no son los de un niño. Hay gente que se levanta de las mesas que están afuera de los restaurantes o que sale de las tiendas para ver qué está pasando. Un niño que grita así no es normal. La del pescado le habla en flamenco: ¿Dónde están tus padres? Tampoco funciona. La gente lanza preguntas en todos los idiomas del lugar (portugués, árabe, flamenco) sobre cuántos años tiene o si es niño o niña, hasta que alguien dice: "¡Cállense, no entiende nada! Es un niño salvaje, habla la lengua de los animales". Hay un silencio. El mismo en todas las lenguas. Veo fijamente al niño como se hace con los perros, para ver si es dócil o no, pero en su mirada... no hay nada.

No quiero hacerle daño, pero si decido no irme es porque no me parece normal que un niño, porque se ve que es pequeño, esté solito en ese estado en la plaza Jeu de Balle cuando se levanta el mercado. Como si hubiera estado a la venta y nadie lo hubiera comprado. Está ahí, olvidado en la plaza Jeu de Balle rascándose la cabeza. Un niño encontrado en ese estado, sin hablar, con el pelo revuelto, un niño salvaje.... Entonces me digo que un niño así, salvaje y que se rasca la cabeza, es normal que tenga piojos. No puedo hacer nada.

No me gusta entrometerme o meter la nariz en donde no me llaman. Estaba ahí para comer, nada más. Es la costumbre, los viernes varios compañeros del trabajo vamos a comer estofado al restaurante de Josiane. Fue el azar el que hizo que estuviéramos ahí, el azar el que hizo que el niño estuviera ahí, que todos coincidiéramos en el mismo lugar y que nos detuviéramos porque no es normal que un niño completamente solo y en ese estado pegue de gritos como animal. ¿A poco ustedes no se hubieran detenido?

Sí, perdón, sí, discúlpenme, continúo.

Cada vez son más los que se detienen y hacen preguntas como "¿Estás solito?" y el niño no hace otra cosa más que pegar de gritos como animal. De pronto, ¡se muerde frente a nosotros! ¡El niño se muerde!. Agarra su puño, se muerde con todos los dientes y gruñe como animal rabioso. No nos deberíamos extrañar con todos los zorros que deambulan por la ciudad, pero esos gritos... esos gritos paralizan a la multitud, todos se callan, nadie se atreve a moverse, todos tienen miedo porque ¡no es normal! Un niño que saliva como animal, que se muerde y se rasca la cabeza ¡no es normal! Miro a mi alrededor, nadie hace nada. Digo: "Oigan, ¿qué hacemos?". Pero nadie se mueve, nadie responde, el niño está ahí, se está mordiendo, no puede seguir así, me toca a mí. Soy yo quien va a hacer algo.

¿Que si fue ahí cuando todo comenzó?

Me acerco, hay un tipo que me sigue, después otro. Al internar acercarnos el niño trata de escapar como puede, con pies y manos, pero aún así lo atrapamos porque somos tres. Se resiste como una bestia que va al matadero (las he visto, con mi padre, a las bestias que van al matadero) pero al niño lo atrapamos con firmeza y no lo soltamos. No queremos hacerle daño, es por su bien que lo detenemos. Para que deje de lastimarse.

Le revisamos la cabeza para ver si tiene piojos, pero el niño no se deja, hasta muerde a uno de mis compañeros que hurga en su cabeza. Nos damos cuenta que no tiene nada en la cabeza. Está mugroso, no habla, tiene la mirada vacía, se rasca la cabeza, su ropa tiene hoyos, son harapos, bueno quizá no, no estoy seguro, pero sí tienen hoyos. Su ropa tiene hoyos. Está pálido y flaco como un muerto. Es un niño salvaje, pero no tiene piojos.

No, no tiene piojos.

Si no tiene piojos... eso quiere decir que seguramente todavía tiene a su mamá; "¿dónde están tus padres?", no sé cuántas veces lo pregunto, pero muchas.

Me digo que en algún lugar hay una madre que se hace cargo de él. Una madre preocupada y a la se lo tenemos que devolver. Tenemos que saber de dónde viene este niño para devolverlo a su madre preocupadísima de tanto buscarlo. No me lo quería quedar. ¿Pero cómo saber a dónde regresarlo si no habla? No, esta historia no puede ser, ¡me empiezo a poner como fiera por no saber. Me enciendo rápidamente, de enojo. “¿Va a hablar, este niño?!” Mi compañero de trabajo me dice: “Piensa que es una bestia, te va a ayudar a calmarte”. Y agrega: "Cuando encuentras a un animal abandonado en la calle no intentas hacerlo hablar a como dé lugar para saber de dónde viene. No buscas quién es su padre o quién es su madre. Cuando te encuentras a un animal lo levantas y lo llevas al antirrábico. Punto final". No tiene sentido lo que dice, no me lo parece, es tan solo un niño. ¡No se puede enviar a un niño al antirrábico!

Fue su idea llamar a la policía, pero soy yo quien marca. Les digo: "Vengan a Jeu de balle, aquí hay un niño que da miedo, vengan rápido porque no es normal que todos le tengan miedo a un niño, vengan porque no es normal. ¡Están diciendo que tiene rabia!". Algo así dije, ya no me acuerdo. En cuanto cuelgo mis colegas se van a comer su estofado al restaurante de Josiane. No lo puedo creer, me digo: "No puedo irme a comer como si no pasara nada". Me digo: "Me quedo con el niño".

No es mi estilo anteponer un niño a un estofado. No lo digo por presumir, es que yo nunca he sentido la necesidad de tener lo que otros sienten que necesitan, como las ganas de tener un niño o algo así. Ni me pasa por la cabeza. No sabría qué hacer. Lo digo honestamente: no tengo hijos, no me hacen falta, no quiero, no los necesito. Si me quedo aquí en lugar de irme a comer un estofado es porque en verdad no es normal lo que está pasando.

¿Qué?

Sí, eso es lo que pasa, todos se dispersan, regresan a su estofado, a las tiendas o a los restaurantes o a los bares, pero yo me quedo. Es entonces cuando me acerco al niño. Ya no intenta escaparse. Quedándome sólo yo, se queda quieto. Entonces me siento junto a él y esperamos a la policía.

Es una niña. El niño es una niña. Ahí es cuando me doy cuenta. Al sentarse al lado, uno se da cuenta inmediatamente. Hay que sentarse al lado para saber. Ya no hay nadie que se atreva a mirarlo raro, creen que soy su padre. Basta con eso, con que alguien haga como que es su padre. Entonces le compro una coca. Después... la llamo Alice. Para darle un nombre. Mientras esperamos. ¿Fue ahí que todo comenzó?

Revisión del 21 de noviembre de 2022